

La autonomía abierta de la universidad  
Andrés y el pueblo ante la abadía del conocimiento

The Open Autonomy of the University  
Andrés and the People Against the Abbey of Knowledge

Sergio Zermeño\*

**Resumen:** En este artículo se hace un recorrido por las difíciles relaciones que a lo largo de un siglo se han dado entre la Universidad de México y el poderoso Estado surgido de la Revolución, la derecha católica, los intereses de las grandes empresas privadas, las exigencias de la ciencia y la técnica, así como de las corrientes que han querido ver en ella una institución al servicio del pueblo. Una relación nuevamente tensionada bajo el régimen de Andrés Manuel López Obrador al asegurar que la UNAM se ha encerrado en el individualismo y ha perdido su compromiso con el entorno social y sus problemas.

**Palabras clave:** *Autonomía, universidad, Estado, entorno social, conflicto.*

**Abstract:** This article reviews the difficult relations that have existed for a century between the University of Mexico and the powerful State that emerged from the Revolution, the Catholic right, the interests of large private companies, the demands of science and technology, as well as the movements that have sought to see it as an institution at the service of the people. This relationship has been strained once again under the regime of Andrés Manuel López Obrador, who has ensured that the UNAM has become enclosed in individualism and has lost its commitment to the social environment and its problems.

**Keywords:** *Autonomy, university, State, social environment, conflict.*

---

\* Investigador Titular Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM [zerset@yahoo.com](mailto:zerset@yahoo.com)

## **La nave y los embates**

La historia contemporánea de la Universidad de México está ligada a la historia de su autonomía, un ejercicio dinámico más que un decreto imperativo, y es que decir autonomía universitaria es como hacer referencia a la posición de un navío que reacciona con serenidad o con alarma dependiendo de las mareas, los vientos y la proximidad de los litorales: nuestra universidad ha tenido que bregar en primer lugar con el Estado, qué duda cabe, y en particular con el poderoso Estado surgido de la Revolución, con la derecha católica, con los terribles ventarrones que han querido convertirla en una barcaza al servicio del desarrollo económico, al servicio de los intereses de las grandes empresas privadas, y en el extremo, muy cercano a ello, en una veloz fragata deslizándose en la frontera de la Tercera Revolución Científico-Técnica; ha tenido que hacer frente también a las corrientes que han querido ver en ella una institución al servicio del pueblo y, en el mismo impulso, al servicio de los liderazgos y agrupaciones que dicen representar al pueblo. Nos centramos aquí en su bitácora tempestuosa, que viene de lejos y que ha sido agitada bajo el régimen de Andrés Manuel López Obrador en repetidas ocasiones, asegurando que nuestra casa se ha encerrado en el individualismo y ha perdido su compromiso con el entorno social y sus problemas. En esa medida la autonomía habrá de convertirse mucho más en un ejercicio dinámico que en un decreto imperativo.<sup>1</sup>

## **La autonomía a contrapelo**

Si bien la universidad mexicana no es ni siquiera pionera en la batalla por la autonomía, lo cierto es que las razones que se encuentran detrás de este movimiento son mucho más explosivas que en el resto de América Latina: la lucha por la autonomía universitaria en México -nos dice Manuel Rodríguez Lapuente (1975)-, aunque siguió aparentemente la

---

<sup>1</sup> No es muy compleja ni muy explícita la legislación que otorgó la autonomía a la Universidad en 1929 y que luego, en 1945, recibió algunas adecuaciones pertinentes: “La Universidad Nacional Autónoma de México es una corporación pública -organismo descentralizado del Estado- dotada de plena capacidad jurídica y que tiene por fines impartir educación superior para formar profesionistas, investigadores, profesores, universitarios y técnicos útiles a la sociedad; organizar y realizar investigaciones principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender con la mayor amplitud posible, los beneficios de la cultura”. Para ello podrá “organizarse como lo estime mejor [así como] impartir sus enseñanzas y desarrollar sus investigaciones de acuerdo con el principio de libertad de cátedra y de investigación” Artículos 12 y 22 de la Ley Orgánica de la UNAM.

línea de la Reforma de Córdoba, adquirió en el contexto social y político en que se produjo un sentido diametralmente opuesto (...) Si en Argentina la reforma universitaria secunda la evolución social del país y la política de los radicales en el gobierno<sup>2</sup>, en cambio, en México, la autonomía se enarbola frente al régimen surgido de la Revolución, que ha iniciado una política nacionalista y popular, mientras la universidad se esfuerza por mantener una ideología liberal que refleja los intereses de las clases sociales afectadas por las reformas revolucionarias.

Durante el cardenismo, como sabemos, estas tensiones alcanzan un extremo que empujará al gobierno a la creación del Instituto Politécnico Nacional, tratando de contrarrestar el sólido posicionamiento contrarrevolucionario de las corrientes liberales acantonadas en su seno.

Los estudiantes católicos encabezados por Manuel Gómez Morín y Rodolfo Brito Foucher, haciendo uso de la fuerza (utilizando a los primeros grupos de choque), expulsaron de la universidad a Vicente Lombardo Toledano y a sus partidarios. El gobierno respondió dando por terminada su responsabilidad financiera hacia la institución entregando a la universidad un último aporte de 10 millones de pesos. "Para la Unión Nacional de Estudiantes Católicos tal decisión constituyó un triunfo total contra el Estado y las doctrinas socialistas, y a favor de la libre empresa educativa, que permitía, al que quisiera estudiar, el contar con una institución 'neutral', de 'buenas costumbres' y 'credos', libre del fantasma social por supuesto, siempre y cuando el estudiante pudiera pagarla" (Sánchez Gudiño 2004).

Obviamente la posición de la universidad va a cambiar con respecto a estos años y sobre todo después de la época cardenista. Se convertirá, sin duda, en la proveedora de los hombres de Estado, función que nunca había perdido, pero que ahora desempeñaría de manera intensiva, una vez debilitada la primacía de los militares y los hombres fuertes de la Revolución y ante las exigencias de la industrialización a partir de mediados del siglo XX. "La mejor oportunidad de ingresar a la política y mantenerse en los niveles altos, a partir de

---

<sup>2</sup> "Todos los estudios de este episodio (el de Córdoba) coinciden en que el movimiento no hubiera alcanzado en modo alguno el éxito que obtuvo si no hubiera contado con el apoyo del gobierno del presidente Yrigoyen y de su partido, el Radical, empeñados en abrir a las clases medias la universidad, que hasta entonces había sido baluarte de la oligarquía tradicional y, sobre todo, de su ideología" (Idem).

los años cincuenta, escribe Roderic Ai Camp (1984), era cursar estudios de nivel superior en la Universidad Nacional" (véase también Peter Smith, 1981).

### **Contigo en la distancia**

Sin embargo, después de algunos años de este acercamiento, coronado con la entrega de la Ciudad Universitaria en los pedregales de San Ángel por el presidente Miguel Alemán, el escenario vuelve a tensarse como resultado, principalmente, de la radicalización que el triunfo de la Revolución cubana infundió en la juventud de toda América Latina (Rivas Ontiveros, 2004). Así, el distanciamiento entre universidad y Estado se redobla, pues a las posiciones liberales, que en su fachada exterior tendieron a preservar a la universidad como un santuario de cultura al margen de la política, vendrán a agregarse las posiciones marxistas y socialistas de los años sesenta coincidiendo ambas corrientes de manera casi perfecta, aunque con otros argumentos, en la ruptura tajante entre la universidad y el Estado, y volviéndose aliadas en la defensa de la autonomía.

El régimen, particularmente el de Díaz Ordaz, se siente atacado por la intelectualidad y por los grupos progresistas de la cultura con lo que se vuelven ásperas las relaciones entre ambas esferas al grado de que es destituido Arnaldo Orfila como director de la editorial sin duda más influyente en América Latina, el Fondo de Cultura Económica (porque consideró que la publicación de *Los hijos de Sánchez* denigraba a los mexicanos), y se desata una verdadera guerra contra el rector de la universidad, el doctor Ignacio Chávez, que termina con su destitución a manos de grupos porriles cuyo engranaje con el gobierno ha quedado perfectamente evidenciado (Sánchez Gudiño, 2004). Un dato paralelo abona en esta dirección: el presupuesto de los centros de educación superior no tuvo el mismo comportamiento durante el sexenio de Díaz Ordaz que en años anteriores; el incremento anual en el presupuesto por estudiante, tomando el año 1959 como referencia, fue el siguiente: 1961: 0.93; 1962: 1.84; 1963: 9.30; 1964: 9.15; 1965: 2.93; 1966: -3.52; 1967: -8.47 (Latapí, 1971); y a partir de 1968 las cosas empeorarían, pues “se siguió una política de restricción en los subsidios” (Barros Sierra, 1972). En 1969 el gobierno federal

cancelaría a la UNAM un déficit de 100 millones de pesos acumulados durante la presidencia de Díaz Ordaz.

El movimiento de 1968 y su desenlace dramático, así como la matanza del 10 de junio de 1971, van a profundizar la zanja entre ambos mundos, convirtiendo al tema de la autonomía, durante muchos años a partir de entonces, en un referente tabú inamovible e intocable: “la única corriente clandestina en la universidad es el PRI”, escribiría Gastón García Cantú, hacia 1973. Junto a esto, el importante debate entre cooperación profesional y científico-técnica con el Estado muy rara vez se planteaba, y cuando esto sucedía se encontraba resuelto de antemano por el lado de la absoluta separación de los dos campos. Los programas conjuntos entre institutos de investigación y organismos del Estado casi no existían y cuando los había era preciso mantenerlos con discreción.

Seis meses después de haber tornado posesión, el presidente Luís Echeverría inicia una serie de reformas bastante importantes bajo el sugerente enunciado de “apertura democrática”. La represión salvaje a una fuerza social que trato de ver cumplidas sus demandas desde una posición exterior al sistema político imperante se convirtió, a la postre y paradójicamente, en el triunfo de las demandas de su amplio sector demócrata-reformista y en la única y costosísima vía por la que la universidad habría de iniciar, una vez más, su penosa articulación con los aparatos del desarrollo, con el sistema político y con el Estado. Los presos estudiantiles fueron liberados hacia 1971 y un poco más tarde todos los presos políticos, destacadamente los líderes del movimiento ferrocarrilero de 1958-1959. Los artículos 145 y el 145 bis, votados en la segunda guerra mundial y relativos a la disolución social por parte de agentes antinacionales (otra demanda del pliego petitorio del 68), fueron también derogados. Mientras el presidente se empeñaba en visitar todas las universidades del país, los presupuestos para la educación superior fueron incrementados notablemente y nuevos centros educativos se inauguraban (en 1971 el número de alumnos de primer ingreso en la UNAM se incrementó 100% y los aumentos de salario otorgados al profesorado se elevaron entre 33% y 58% (Carmona, 1972).

Se distribuyeron puestos y honores entre los representantes de medios intelectuales y políticos liberales, progresistas e incluso de izquierda que habían sido críticos acérrimos del régimen anterior (Labastida, 1972); pareció crearse un canal emergente paralelo al PRI y a todo el ritual priísta del ascenso político, y se vio transitar por el hacia los más altos puestos a un gran número de cuadros cuyos nombres pueden reconocerse al pie de los manifiestos estudiantiles de 1968.

De esta manera, el régimen echeverriísta reblandeció el hermetismo universitario e incluso en varias ocasiones instó a los estudiantes a ligarse al campesinado, “a ir a trabajar al campo en donde están los verdaderos problemas” (aunque, hay que decirlo, nunca los llamó a ligarse a los obreros, en donde crecía como la espuma la efervescencia por un sindicalismo independiente). Varios organismos gubernamentales establecieron programas en los que fueron incorporados con muy buenos salarios, profesores, investigadores, pasantes y gran cantidad de estudiantes (CONASUPO, Plan de Capacitación Campesina, Instituto Mexicano del Café, Recursos Hidráulicos...), y se iniciaron investigaciones sobre las estructuras del poder y el caciquismo en varios estados de la República. A partir de entonces los institutos de investigación de la universidad intensificaron los casi inexistentes proyectos conjuntos con el gobierno y, lo que es más importante, hacia la segunda mitad de los setenta las reacciones de rechazo hacia estas actividades se debilitaron paulatinamente; dejó de causar asombro que un profesor o un investigador pasara a “asesorar” un proyecto gubernamental y el termino mismo pareció estar bien escogido (en sustitución del de consejero), para disipar el contenido negativo que en otro momento conllevaba una revelación semejante.

La renuncia de Pablo González Casanova a la rectoría de la UNAM en 1973 es comprensible en este ambiente de susceptibilidad y desconfianza y ejemplifica bien el afloje de las amarras de la comunidad universitaria, del encierro autonómico. González Casanova fue nombrado rector en 1970 y procuró inmediatamente mejorar la situación financiera de la institución y los sueldos del personal académico y de los administradores. Las primeras reacciones de desconfianza entre el estudiantado se manifestaron desde que se le vio aparecer al lado de Luis Echeverría, algunos meses antes de que este tomara posesión como presidente de la República. Esta labor no era sencilla con un pasado inmediato tan

dramático, el recogimiento de la universidad en sí misma y la imagen tan presente del rector Barros Sierra. Es una época en la que la desmoralización estudiantil, la “onda”, la mariguana y el porrismo alcanzan sus niveles más altos en la vida universitaria, justo cuando las guerrillas de origen estudiantil hicieron su aparición.

En ese ambiente muchos intereses políticos extrauniversitarios (ahí incluida el ala derecha del PRI) encontraron una buena plataforma para atacar las orientaciones bastante progresistas que González Casanova estaba procurando para la educación superior. El ataque fue también dirigido contra el régimen por considerarse al rector la pieza de la apertura democrática en el plano de la política educativa. Al lado de esto, frente a la huelga de los trabajadores de la UNAM, cuyos objetivos eran la sindicalización y la firma de un contrato colectivo de trabajo, González Casanova se mostró reticente, advirtiendo sobre el peligro que para la autonomía universitaria podía implicar tal organización sindical si cayera eventualmente bajo las directrices de confederaciones laborales extrauniversitarias y de sus prácticas antidemocráticas, en particular la referida a la “cláusula de exclusividad”.

El historiador Gastón García Cantú, al analizar las causas de la renuncia de González Casanova, hace una lista tan amplia de culpables que en realidad termina por mostrar el aislamiento enorme que rodeó al rector: “En esa labor de demolición coadyuvaron los enloquecidos que se sobreviven a sí mismos en los comités de lucha, los ultraizquierdistas, verdaderos enfermos de la razón, los dirigentes del Partido Comunista... que pretenden hacerse de un sindicato de alcance nacional y dominar la universidad, los ignorantes, algunos directores plegadizos y acobardados, los adversarios de la educación superior, los patrones nacionales y extranjeros coludidos para dismantelar toda institución crítica, los grupos más reaccionarios para los cuales todo lo que no esté sellado y lacrado por los empresarios de Monterrey es marxismo, y, también, los que ahora ven llegada la oportunidad de lanzarse sobre las escuelas y facultades para repartirse, ilusoriamente, los presupuestos administrativos” (García Cantú, 1973).

Cuando Echeverría, hacia 1975, se dispuso a dialogar con los estudiantes en el recinto mismo de la UNAM, a pedradas lo echaron los estudiantes de su territorio en un gesto de abierta ruptura que en algunos aspectos, pero solo en algunos, se asemeja a la conducta de quienes por desesperación tomaron el camino de las guerrillas.

Este capítulo de autonomía radical, de descomposición interna de la comunidad universitaria y de la readecuación paralela de las relaciones entre la universidad y el Estado lo va a cerrar, a partir de 1976, José López Portillo (candidato bochornosamente único a la presidencia en esas elecciones), con base en la Reforma Política animada por Jesús Reyes Heróles, llamando a todas las fuerzas políticas, y en particular al Partido Comunista, a su legalización y a su incorporación en el seno de la estructura institucional de la nación por la vía partidista-parlamentaria y la competencia electoral.

### **La reconquista liberal**

Los doce años del soberonismo y su inercia (el rectorado del doctor Rivero Serrano), van a constituir la antítesis de la universidad autonomista que encabezó Barros Sierra y González Casanova, vuelta hacia sí misma, amalgamando a las autoridades y al territorio en el seno de la comunidad universitaria. Para recomponer el control sobre la UNAM, después de una etapa tan convulsionada como la del 68, el 71 y la guerra sucia, las autoridades trabajarían de manera articulada con el gobierno, llegando al exceso de permitir la entrada de las fuerzas policiacas al campus con el objetivo de dismantelar la identidad interior, en particular la acantonada en el sindicalismo de los trabajadores administrativos y académicos, impidiendo a toda costa la formación de un sindicato único de los universitarios.

Para retomar dicho control fue necesario congelar la intensa vida pública, lo que en algunos aspectos recuerda las técnicas burocrático-autoritarias del Cono Sur latinoamericano: se hacen desaparecer las cafeterías, los horarios se compactan, las carreras más conflictivas de ciencias sociales son desplazadas hacia las dependencias periféricas y se dirige hacia ellas (devaluándolas así) a los alumnos que no encontraron lugar en su primera opción vocacional, se amenaza con despidos a dirigentes y a disidentes al aplicarse estrictamente los estatutos, los coloquios y congresos se realizan en espacios selectos, alejados de la participación estudiantil; elevados salarios, prestaciones, equipos y decorados artísticos de alto costo para el pequeño grupo de dirección de las distintas dependencias, creándoles así un compromiso de fidelidad hacia arriba y una separación con el resto de esa comunidad;

en los puestos de dirección son elegidos académicos aislados con currículos incipientes, sin apoyo ni filiación grupal, partidista o ideológica; centralización de las decisiones sobre el uso de las partidas presupuestales con objeto de disuadir cualquier coqueteo fuera de la mencionada línea de fidelidad vertical, etcétera.

Al lado de esto el soberonismo escoge como único aliado interior a los académicos de más altos rangos de las áreas científico-técnicas y médicas, secundados por el muy controlable profesorado a contrato, y desde ahí organiza una defensa científico-liberal para la reconquista de la universidad, arrebatándosela a las corrientes radicalizadas del post-sesenta y ocho, excesivamente orientadas a convertir a la educación superior en un arma al servicio del pueblo (bajo las directrices, naturalmente, de las “conciencias superiores exteriores a la masa”).

La representación laboral de los académicos y la titularidad de su contrato colectivo es ganada en un referéndum por las corrientes institucionales hacia 1977 y eso hace bascular en su favor la correlación de fuerzas. A partir de entonces y hasta 1985, la nueva estructura liberal-tecnocrática se consolida dividiendo a la universidad entre una elite bien articulada con sus autoridades y éstas con el poder estatal y una masa más o menos apática y dispersa, mientras los dirigentes de esta última abandonaban el medio universitario en su tránsito hacia la vida partidista reconocida por la Reforma Política, enfrascándose en las alianzas electorales y la lucha por las curules.

A partir de la recomposición soberonista y hasta el fin de siglo, por encima de las convulsiones que reseñaremos, a las altas autoridades universitarias y en particular al rector en turno de la UNAM se les vea más fotografiados en los salones de Los Pinos y del Palacio Nacional que en la propia Torre de Rectoría. Mientras tanto, los importantes personajes de las administraciones universitarias salientes, encabezados por los flamantes exrectores, pasarían a formar parte de los sucesivos gabinetes de la política u ocuparían puestos de subsecretarios, procuradores, etcétera.

## **“Fortaleza y debilidad...” del neoliberalismo**

Hacia 1986, a tres años de haberse iniciado las políticas neoliberales, el escenario vuelve a bascular en el sentido contrario. El rector Jorge Carpizo le propone a los universitarios, en el ya célebre documento Fortaleza y debilidad de la UNAM, una serie de medidas que coadyuvarían, según se argumentaba, al mejoramiento de la educación universitaria, elevarían su calidad y su eficiencia terminal y ayudarían a paliar el déficit presupuestal, en el nuevo esquema de retraimiento del aparato estatal, lo que la colocaría en las fronteras del avance científico-técnico. Un importante sector de la comunidad universitaria interpretó que se trataba ni más ni menos que del primer paso hacia la elitización de la enseñanza superior, y que si bien por el momento la elevación de las cuotas era mínima, en el mediano plazo el rompimiento del principio de gratuidad (o casi, pues solo se pagaban 20 centavos anuales), daría paso a aumentos más significativos que dejarían sin oportunidad al grueso estudiantil de menores recursos.

En la medida en que no existía una autoridad colegiada esencialmente académica que pudiera garantizar el que los aumentos no se volvieran reiterativos y cada vez más elevados (pues el Consejo Universitario ha sido siempre una aplanadora de directores elegidos por una Junta de Gobierno a la que ellos mismos eligen), era mejor dejar las cosas como estaban y mantener la gratuidad. La huelga decretada por el CEU (Consejo Estudiantil Universitario), fue levantada con dos promesas: que habría de llevarse a cabo un Congreso Universitario y que las cuotas no se moverían. Cuatro años después, en 1990 se llevó a cabo el mentado congreso sin que sus resultados alteraran en nada los usos, costumbres y normatividades de la máxima casa de estudios. Así, el resultado fue un empate de fuerzas: no se alteraba el control institucional logrado por el soberonismo, pero las cuotas quedaban también congeladas.

Es cierto, sin embargo, que el grupo científico cobra una fuerza exagerada en la institución durante todo ese proceso. Pongámoslo de esta manera: desde que el abogado Carpizo se vio en una situación difícil debido al vigor argumentativo de la dirigencia estudiantil durante los diálogos públicos a inicios de 1987, buscó apoyo en el grupo de los llamados científicos

duros (quienes lo habían impulsado desde su elección), y en particular en aquellos centros e institutos cuyos avances en el terreno de la ciencia y la tecnología han sido ampliamente reconocidos. Este grupo engranaba bien con el proyecto neoliberal de la modernización y de la inminente globalización de nuestra economía a la voz de: “no tenemos tiempo que perder en la carrera por la tecnología de punta si pretendemos ser competitivos en los mercados globales.”

Así que se conjugaron varios influjos: uno, la urgencia por restaurar un discurso excelentista muy propio del hemisferio científico técnico buscando, dos, contrarrestar el proyecto de una universidad social animado por el movimiento ceuista, enganchado con, tres, el ascenso inminente del Cardenismo, y eso tenía lugar, cuatro, con la otra urgencia: la que exigía a gritos ponernos al día técnica y científicamente para ser competitivos en la arena global. José Sarukhán, coordinador de los institutos de las llamadas ciencias duras pasó a ser el rector de la UNAM en 1989.

Bajo este marco transcurrían los últimos años del siglo pasado. Al gobierno mexicano, a la SEP y a la UNAM les parecieron perfectamente aceptables las recomendaciones de los organismos internacionales en torno a la educación superior y para ello jugó un papel estratégico el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (CONEVAL):

1. Reordenar la matrícula, moderando el ingreso a las ciencias sociales y alentando la formación técnica desde el nivel medio-superior (de hecho, el alumnado en las llamadas Universidades Tecnológicas, se decuplicó, entre 1995 y 1999, llegando a 50 mil alumnos y con la meta de alcanzar lo antes posible a una tercera parte de la matrícula total);
2. Orientar a los nuevos alumnos hacia carreras ligadas a los renglones dinámicos de la economía otorgando estímulos a los centros que efectuaran trabajos para las empresas;

3. Limitar y aliviar hasta donde fuera posible el subsidio público estableciendo colegiaturas progresivas en el tiempo, acortando la duración de las carreras y eliminando el requisito de la tesis;
4. Someter a todas las instituciones de educación superior a un examen único, allegándoles recursos según su cumplimiento hacia estos axiomas (OCDE, 1996).<sup>3</sup>

El químico Francisco Barnés, rector de la universidad a partir de 1997, como vengando la afrenta hecha a la cruzada por la excelencia propuso una vez más, en el marco de esos lineamientos, el alza de cuotas.

La respuesta del Consejo General de Huelga ante la tozudez del rector y ante el citado programa de reforma de la educación superior fue puntual: derogación de cualquier reglamento de pagos, no a las reformas arriba reseñadas, ampliación de la matrícula y desaparición del CENEVAL que castigaba presupuestalmente a las instituciones de educación según su obediencia a los preceptos enunciados.

Ello condujo a nuestra universidad a una huelga de casi un año al terminar el siglo que presagiaba una reedición de lo que había sucedido trece años atrás con el movimiento ceuista, pero a lo largo del conflicto los universitarios descubrimos con angustia un escenario sorprendente: el navío de la universidad y su autonomía no estaban siendo sacudidos solamente por los vientos de la globalización y el ascenso del cardenismo sino que lo que la huelga nos estaba mostrando era que una serie de pequeñas embarcaciones, repletas de personajes ajenos al medio académico, se disponían a abordar nuestro lujoso bergantín.

### **¡Al abordaje!: los excluidos**

Nadie previó que el escenario social alrededor de la UNAM había cambiado de manera tan extrema, pero el hecho puso al descubierto la trágica presencia de los excluidos: al número

---

<sup>3</sup> Citado en "Observatorio Ciudadano de la Educación", núm. 32, La Jornada, 19 de mayo de 2000.

anual y en ascenso de jóvenes rechazados se fue asociando el de otros jóvenes o unos parecidos que terminaron forzando la entrada al campus y muy cerca estuvieron de lograrlo por derechos propios pero no ya para estudiar, sino para comerciar, para instalar changarros de lo que fuera, para el menudeo de narcóticos amenazando con ocupar cualquier espacio que les permitiera una posición favorable. Si bien no fue una toma masiva si representó un adelanto de lo que podría venir.<sup>4</sup>

A ello se adjuntó otra preocupación: algunos profesores jóvenes, pero también unos de gran trayectoria se alinearon a esa erupción radical y si bien las demandas iniciales de la movilización quedaron resueltas, el ala izquierda del movimiento propuso que la lucha no debería limitarse a los problemas universitarios, sino que era el momento de ligarse a los trabajadores y a la masa del pueblo. Este planteamiento no progresó, pero el campo quedó preparado para lo que hemos vivido en los años siguientes: la prepotencia de los grupos porriles, particularmente en los bachilleratos.

El rector De la Fuente centró su actividad en este punto. Fue elegido en medio del conflicto a finales de 1999 con la entrada de la Policía Federal Preventiva a la Ciudad Universitaria y el arresto momentáneo de dirigentes y activistas. El grueso de los universitarios, con pocas excepciones se sintió liberado con ese desenlace. El rector de la Fuente exigió, frente al régimen foxista, elevar el financiamiento gubernamental y se le escuchó decir en algún momento que los más de treinta mil millones de pesos del subsidio de la UNAM debían alcanzar para todos los actores que la conformaban. Abrió direcciones de centros, facultades y áreas administrativas a los académicos de izquierda y progresistas que en los últimos años del siglo habían escenificado airadas protestas ante el grupo hegemónico. Sin

---

<sup>4</sup> El auditorio más importante de la UNAM se encuentra en poder de alguna de las innumerables corrientes en que se dividió el Consejo General de Huelga; las cafeterías de la Facultad de Ciencias y de otras dependencias se encuentran en la misma situación; se ha quitado el enrejado de algunos estacionamientos para evitar que sean convertidos en fiestódromo a partir de los viernes; los alrededores e incluso el interior de la Facultad de Filosofía y Letras y de otras facultades comienzan a emular, con un changarrerío inimaginado por el propio Fox, el panorama de las salidas del Metro; innumerables salones y cubículos están secuestrados por estudiantes y por personas ligadas a ellos de los movimientos urbano-populares y por sus asesores que interrumpen eventos académicos gritando histéricamente que ellos son La Verdad y nadie más tiene el derecho de expresar sus ideas (para no mencionar la violencia porril y antiporril que se ha desatado en las sedes de la UNAM en otros puntos de la ciudad). El movimiento feminista que había decretado la huelga en algunas facultades decidió regresar las instalaciones al inicio de la pandemia porque no contaba con los recursos para defender los equipos y su propia seguridad.

embargo, los espacios tomados por los jóvenes radicales, un poco estudiantes un poco externos, no fueron recuperados ante el temor de otro amotinamiento.

Con este arreglo los universitarios parecimos firmar una paz precaria, un consenso en torno a la defensa de la autonomía, aunque en realidad el consenso consistió en la defensa de nuestro privilegiado galeón en lo que prácticamente coincidimos excelentistas y partidarios de la universidad abierta (una paz, como veremos, apuntalada por el envejecimiento del sector académico de base).

### **Dos concepciones sobre la universidad**

Permítasenos reproducir de manera algo caricaturesca las dos posturas que se encuentran en los extremos de esta paz precaria pero que nos permiten entender el campo del conflicto:

La primera, hegemónica en nuestra universidad según lo antes dicho, ha postulado que debe haber una racionalidad acorde con la era de la globalización, obligando a las instituciones del saber a guiarse por los ritmos mundiales impuestos por la “tercera y la cuarta revoluciones científico-técnicas,” lo que exige, por medio de los planes transnacionales de homologación, producir ideas y aplicaciones competitivas en la vitrina mundial. Constituye, concomitantemente, una crítica furibunda a las universidades públicas abiertas a una demanda más amplia de jóvenes y, por lógica, con moderados presupuestos per cápita. Esa racionalidad globalizadora considera que no tiene sentido, en un mundo de exigencias profesionales cada vez más elevadas mantener a esas instituciones, tomando en cuenta que las universidades privadas terminarán acaparando un mercado del empleo que se estrecha y se vuelve cada vez más exigente. En concomitancia, la matrícula en sociología de nuestra universidad ha sido reducida a la mitad, mientras vemos desbordarse los estudios en ciencia política, tránsito a la democracia y nueva institucionalidad, es decir, las disciplinas incrustadas en los andamiajes altos del orden político, muy alejadas de los espacios de la precariedad, la des-escolaridad y la violencia. Pero con esto no seguimos sino una tendencia mundial que ha sido evidenciada por Michel Wieviorka y Calhoun (2016), cuando nos recordaban que “en el Japón en 2015 el ministro de educación envió

una carta al presidente de las 86 universidades del país en la que les pedía que abolieran o convirtieran los departamentos de ciencias humanas y sociales a fin de favorecer disciplinas que sirvan mejor a los intereses de la sociedad.” Esto sucedía en el momento en que la Universidad Autónoma de Nuevo León decidía cancelar sus cátedras de historia y de filosofía con el pobre argumento de que los egresados de estas disciplinas, y de otras en ciencias sociales, ya no encontrarían trabajo. Sin duda la disciplina más asediada por estos enfoques de concebir el saber ha sido la sociología. Pero lo cierto es que a nadie se le ocurriría, frente a los alarmantes índices de obesidad, diabetes y sus derivados cardiovasculares que la universidad o el gobierno redujeran a la mitad o hicieran desaparecer las facultades de medicina. ¿Por qué entonces las disciplinas que se orientan a la sociedad destrozada están siendo ser limitadas o desaparecidas?

En el otro extremo, también desmedido, se ha argumentado que, en el escenario de la globalización, una universidad que hace depender su subsistencia de la competitividad y las necesidades de las empresas está perdida de antemano en un país en des industrialización, controlado por los consorcios maquiladores en la lógica de la exportación; un país que lo principal que tiene para ofrecer son sus energéticos y sus recursos naturales en general (su sol, sus playas y sus mares), su mano de obra barata y sin calificación (primer renglón de divisas). Para qué tanto ligar a la universidad con las empresas si las necesidades tecnológicas de las pocas que habrán de subsistir serán cada vez mejor cubiertas desde el extranjero. Por lo demás, las patentes que nuestros científicos inscriban tendrán poca aplicación en este escenario o serán adquiridas por consorcios trasnacionales. (Hitachi, IBM, Kentucky, Green Giant).<sup>5</sup>

Las dos visiones son injustas. En un país con ingentes necesidades los avances científico-técnicos son indispensables y nuestra universidad ha mostrado importantes investigaciones en muchos terrenos. Solo por ejemplificar mencionemos lo desarrollado en torno a los

---

<sup>5</sup> Tómese en cuenta, por ejemplo, la siguiente noticia aparecida en las publicaciones científicas mexicanas y en la primera plana de un importante medio de circulación nacional de nuestro país: "Los científicos mexicanos Humberto y Mauricio Terrones, premiados por la Academia Mexicana de las Ciencias 2000, y destacados por la revista Time en la lista de los cincuenta Líderes Latinoamericanos del Nuevo Milenio, lograron realizar conexiones moleculares de nanotubos (estructuras microscópicas tubulares cien veces más delgadas que un cabello humano y cien veces más resistentes que el acero) que podrían ser empleadas en la producción de pantallas ultraplanas de bajo consumo de energía, microchips, chalecos antibalas, etcétera. Los hermanos Terrones son pretendidos por empresas transnacionales dedicadas al desarrollo de productos electrónicos e informáticos, como Hitachi, IBM, Siemens", Reforma, 12 de septiembre de 2002.

organismos genéticamente modificados y la lucha por una legislación en defensa de la contaminación del maíz criollo, moderando los intereses, las ganancias y los efectos ecológicamente perniciosos de los grandes monopolios alimentarios; importantes avances hemos logrado igualmente en microorganismos capaces de degradar una gama de compuestos contaminantes como grasas, detergentes, plásticos, plaguicidas, petróleo crudo o sus derivados; nuevas tecnologías de tratamiento de aguas y suelos; acuicultura para fines alimentarios (peces, crustáceos, flora acuática y sus insumos), y lo que nos devela la ingeniería genética en este campo; combate contra nuevas enfermedades, sobre todo en nuestros países (fiebre hemorrágica-ébola, mal pulmonar, etcétera), y contra enfermedades recurrentes que habían sido supuestamente controladas como la tuberculosis, el cólera, la peste en la India y el Perú, el dengue clásico y hemorrágico, la difteria y la poliomielitis; el desarrollo de campos en la biotecnología y la ingeniería genética que permitan sintetizar un mayor número de proteínas de interés terapéutico y clínico a bajo costo para atacar los principales problemas nacionales de salud, tales como el infarto al miocardio, las embolias, el cáncer, la artritis reumatoide y la diabetes, entre otras.

Pero en el terreno de las ciencias sociales también los avances, aunque sobre todo en el plano internacional, han sido muy apreciables y la verdad, por lo ya expresado, no nos hemos puesto al día en las metodologías y en las técnicas de la reconstrucción social que en muchísimas otras latitudes han mostrado su pertinencia ante las urgencias sociales. He aquí algunos ejemplos exitosos de asociativismo: los Servicios de Orientación Territorial uruguayos; las Mancomunidades españolas; el Presupuesto Participativo en Brasil, en Uruguay y en muchos otros puntos y que en México deformamos regalándoselo a los partidos y a los políticos; la participación ciudadana en las más de treinta mil comunas francesas; los cantones suizos; las cooperativas y las incubadoras brasileñas articuladas a las universidades; los ilustrativos desarrollos en torno a las unidades económicas del Norte de Italia; la literatura europea y sudamericana referente a la economía social y solidaria; la Democracia Inclusiva propuesta por la corriente griega encabezada por Castoriadis 2006, Fotopoulos 1997, Bookchin 1995. No se entienda con esto que ensayos de asociativismo territorializado no existen en nuestro país, aunque dispersos, sin visibilidad y con muy poco apoyo (Toledo y Ortiz, 2018).

Es imposible que una institución como la UNAM se ligue al amplio abanico de regiones medias y áreas urbanas que conforman al país, pero un puñado exitoso de buenos ejemplos puede constituirse en el camino a seguir en muchos otros puntos de nuestra geografía. Por lo demás, no se parte de cero, hay muchísimos ejemplos desde los que se puede extraer experiencia en regiones cafetaleras, forestales, pesqueras, en cuencas, localidades, cooperativas y frentes municipales y ejidales, en asociaciones urbanas, en regiones autónomas de los pueblos indios, etcétera.

Luego entonces, la actividad de nuestras universidades y de todas sus disciplinas en estos países de la globalización subordinada (con seis de cada diez de sus habitantes en el desorden y la precariedad), debe estar orientada, en muy buena parte, aunque no exclusivamente, es cierto, a la conceptualización y a la puesta en marcha de un quehacer orientado a la pedacería social para lograr que hombres y mujeres vivan mejor, sin extremadas sofisticaciones cibernéticas, una universidad en contra de la exclusión, de la regresión, en donde las áreas del saber trabajen en la frontera trasera, en el patio de atrás, y no de manera predominante en la llamada frontera de las ciencias y de las técnicas, sino buscando las fórmulas nada simplistas, nada sencillas, para mitigar los efectos destructivos del saqueo mundializado y del sufrimiento; es un gran reto, porque estas instituciones no pueden por ello descuidar la investigación básica (aunque quizás habremos de limitarnos solo a ciertas áreas de oportunidad), el estudio de la astronomía, la filosofía, las matemáticas, las letras.

Pero en este punto es necesario hacer un alto para poner en claro que las ciencias sociales de nuestra universidad, sin duda por su desvalorización a la que hicimos referencia, han sido extremadamente deficitarias en lo que hace, no solamente a ligarse a su entorno de degradación, sino incluso a su obligación de proponer conceptualizaciones y técnicas para hacer frente a ese desastre, a esa anomia, para hablar en nuestros términos, al mejoramiento o la simple reconstrucción del entorno urbano y social de la organización territorial, local y regional, contra la inseguridad y la violencia: cómo diseñar y hasta inventar técnicas y fórmulas para reconstruir el hábitat de tres de cada cinco mexicanos en condiciones de

destrucción y anomia humanas tal como en los países de mayor desarrollo se está llevando a cabo, en donde no se escatiman esfuerzos ni presupuestos para reconciliar, por ejemplo, a trabajadores inmigrantes con grupos nacionales empobrecidos que comparten un mismo asentamiento territorial. ¿Por qué en los países de la OCDE los gobiernos sí destinan recursos para enfrentar estas calamidades de la desigualdad y en los nuestros la ortodoxia neoliberal, pero en mucha medida también un régimen como el actual, han soslayado la temática regalando dinero y recibiendo votos persona por persona?

El papel de las instituciones universitarias y de educación superior en ciencias sociales tiene que ver con la función de continuidad de los proyectos en estos espacios regionales. La autoridad intelectual, científica y técnica crecientemente profesionalizada y a distancia, en lo posible, de contenidos ideológicos y filiaciones políticas en que se aspira a organizar a los equipos transdisciplinarios de universitarios para estas labores, tiene como objetivo la asesoría, la evaluación y el acompañamiento con el objetivo de hacerlos comprensibles para los nuevos actores y asegurar así su permanencia.

### **Las ciencias sociales en el abandono**

Ahora bien, este retraso, este abandono de nuestras ciencias sociales y de nuestra universidad hacia su entorno en el momento de mayor anomia no solo se explica por las recomendaciones sugeridas desde los centros mundiales del poder económico y cultural y aceptadas alegre y acriticamente por nuestras autoridades, sino también por la moda ideológica de las últimas décadas que ha colocado a la ciencia política en el centro de nuestras escuelas y facultades. Es decir, del pensamiento predominante estableciendo que el nuevo orden descenderá de una nueva institucionalidad, del tránsito a la democracia, del andamiaje superior, del fortalecimiento de las cámaras, las elecciones, el sistema de partidos, de la política y el perfeccionamiento de las leyes, del derecho y el sistema judicial. Nadie duda de que tales arreglos no hayan contribuido a la paz social, a evitar enfrentamientos entre fuerzas políticas, pero eso no tiene que ver más que muy poco con el mejoramiento de la calidad de la vida de las personas de todos los días, de las combis asesinas y las narco-fosas y que en tal locura institucional queden en el olvido, reducidas a

la nada, las ciencias sociales de abajo, la sociología, la antropología, la psicología social, el trabajo social.

Hay todavía otro elemento a tomar en consideración para entender por qué las ciencias sociales y la universidad en su conjunto se han alejado de su entorno: en las grandes universidades del mundo a partir de cierta edad los académicos son jubilados de manera honorable (en el caso francés a partir de los sesenta y cinco años de edad). En nuestra universidad, sin embargo, por no alterar la paz convenida en una especie de pacto de la élite, los rectorados han sido omisos para enfrentar este asunto no solamente por la conflictividad laboral, sino principalmente porque ello traería aparejada una reforma completa de la estructura de la docencia y la investigación, una racionalización integral de los recursos monetarios y humanos de la institución y de su manejo.

Sea como sea, el hecho es que la planta docente y de investigación ha envejecido y su renovación es lenta. Solo cuando un académico deja libre la plaza dos o tres jóvenes pueden ser contratados. Se entiende entonces que los investigadores y los equipos de investigación trabajando en el terreno sean más bien una rara avis in Terris: a los ochenta años no es fácil deambular por las abigarradas vialidades de Ecatepec y a ello se viene a adjuntar el ascenso de la violencia en los espacios precarios en donde se efectúa el trabajo social y recientemente el encierro de la pandemia.

Pues sí, es necesaria una reforma que le devuelva la vitalidad a las ciencias sociales. No es posible que contemos con las maravillosas aulas en edificios históricos y modernos, que contemos igualmente con una planta de académicos de gran prestigio y que muchos de nosotros no tengamos alumnos en los posgrados o su esfuerzo pedagógico sea solo para uno o dos estudiantes porque solo quienes reciben una beca se atreven a seguir unas disciplinas destinadas a un campo de trabajo y a unos territorios en los que los recursos públicos y privados no existen (excepciones: Pilares y Sembrando vida). Como ha sugerido Francisco Valdez (2021): tenemos que “hablar de las reformas que necesita la universidad (en un) terreno sembrado de buena voluntad.”

Una paradoja crece ante nuestros ojos y se vuelve una obsesión: el desprecio de la opinión pública y de la gran mayoría de las disciplinas llamadas científicas hacia las disciplinas sociales. Se trata de ciencias “blandas”, se argumenta, que se encuentran muy lejos de alcanzar los resultados palpables de la física, la medicina, las matemáticas, etcétera. Y sin embargo, si algún reto ha tenido la humanidad desde siempre ha sido la dificultad para acercarse a la meta de una mejor justicia social, a la igualdad de recursos, capacidades, oportunidades, a la disminución de la violencia. La búsqueda de un buen orden social y político es un asunto de una complejidad enorme ante el que, sin duda, nos encontramos en pañales; pero el deplorable estado del objeto de estudio, que es al mismo tiempo nuestro espacio de vida, no debiera conducir a descalificar a sus analistas y a las propuestas y ensayos en el terreno de la acción, sino más bien a reconocer el grado de dificultad de esta tarea y a orientar más recursos para enfrentarla.

**En resumen**, la fuerza de la autonomía en la época en que nos encontramos y en la que se avecina va a estar basada en la ruptura de las fronteras de la universidad con su entorno, y esa ruptura se va a dar en el doble sentido: hacia fuera y hacia dentro porque la universidad no puede ser apropiada solo por unos, por más que la ciencia esté asociada a ella, la universidad siempre ha sido de todos. Nadie que venga de afuera deberá acusarla por su encierro y elitismo, por el contrario, su accionar eficaz reconstruyendo su entorno le ganará el respeto del Estado, de los intereses privados, de los particularismos científicos y de las amenazas del mundo de la exclusión, la marginalidad y la violencia. Todos esos son los nuevos ámbitos de la autonomía abierta de la universidad y sobre ellos tendrá que desbordarse el quehacer universitario. Andrés Manuel López Obrador se desespera porque la ve cerrada, controlada por las élites, pero a su vez hace desaparecer los financiamientos y los organismos que con muchos trabajos habían intentado prevenir el delito entre jóvenes, el embarazo adolescente, la violencia en el noviazgo, limitándose a difundir anuncios radiales recordando que las drogas matan. Así es muy difícil que los saberes universitarios se ligen orgánicamente y con continuidad a esos flagelos de nuestra sociedad.

## **Bibliografía**

Ai Camp, Roderic (1984), *Los líderes políticos de México: su educación y su reclutamiento*, FCE, México.

Barros Sierra, Javier (1972), *Conversaciones con Gastón García Cantú*, Siglo XXI, México.

Bookchin, Murray (1995), *From Urbanization to Cities, toward a New Politics of Citizenship*, Cassell, Londres.

Carmona, Fernando (1972), "El capitalismo del subdesarrollo y la 'apertura democrática'", en *Reforma Educativa*, Editorial Nuestro Tiempo, México.

Castoriadis, Cornelius (1991), *Philosophy, Politics, Autonomy*, Oxford University Press.

Fotopoulos, Takis (1997), "Hacia una democracia inclusiva. La crisis de la economía de crecimiento y la necesidad de un nuevo proyecto liberador", [en línea]. Disponible en <http://www.democraciainclusiva.org/ehacia.htm>

García Cantú, Gastón (1973), "Universidad y antiuniversidad", *Cuadernos de Joaquín Mortiz*, México.

Labastida, Julio (1972), "El régimen de Echeverría; perspectivas de cambio en la estrategia de desarrollo y en la estructura de poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3-4.

Latapí, Pablo (1971), "Las necesidades del sistema educativo nacional", *Disyuntivas Sociales. Presente y futuro de la sociedad mexicana*, México, SEP-Setentas.

Rivas Ontiveros, José René (2004), *El proceso de politización y formación de liderazgos estudiantiles de izquierda en la UNAM (1958-1972)*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Rodríguez Lapuente, Manuel (1975), "La Universidad y el Estado", Deslinde, núm. 63, Cuadernos de Cultura Política Universitaria, UNAM.

Sánchez Gudiño, Hugo (2004), Génesis; desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990), tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Smith, Peter (1981), Los laberintos del poder, el reclutamiento de las élites políticas en Mexico 1900-1971, El Colegio de México, México.

Toledo, Víctor Manuel y Benjamín Ortiz Espejel (2014), Regiones que caminan hacia la sustentabilidad, una geopolítica de las resistencias bioculturales, Universidad Iberoamericana de Puebla, México.

Valdez, Francisco (2021), "Las ciencias sociales y la universidad", Letras libres, No. 243, diciembre.

Wieviorka, Michel y Craig Calhoun (2013), "Manifiesto por las ciencias sociales", Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Nueva Época, año LVIII, núm. 217, enero abril, México, UNAM.

Zermeño, Sergio (1978), México, una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968, Siglo XXI eds. 13ª. Edición.

--(2008), Resistencia y cambio en la UNAM, Ed. OCEANO.

-- y Alberto Hernández, (2010), Cien historias de asociativismo en México, estrategias contra la adversidad en el México de nuestros días, Disco compacto en: Zermeño (2010), Reconstruir a México en el siglo XXI, Océano.